

Hoy escribe JAIME GUZMAN

Tras la tragedia

EL reciente fin de semana, nuestro país fue nuevamente golpeado por una naturaleza inclemente. Gigantescas inundaciones hicieron los estragos que otras veces sufrimos de terremotos u otras calamidades similares. Una vez más, el dolor llegó con dramatismo a miles de hogares que perdieron gran parte o todos sus bienes. Algunos, incluso, lamentaron la muerte de seres queridos.

Tales tragedias siempre exigen un análisis serio y técnico de los factores de imprevisión que pudieren haberse detectado, los cuales en este caso arrojan lecciones y advertencias que no podrían soslayarse, si se desea evitar que futuros fenómenos similares acarreen consecuencias tanto o más graves que las vividas en esta ocasión.

Sin embargo, más allá de ello, todos sentimos que hay una cierta dimensión inevitable y más profunda en sufrimientos como éste. Sólo que su ocurrencia simultánea, con los caracteres de una calamidad masiva, ofrece una oportunidad especialmente propicia para reflexionar en forma pública al respecto.

El dolor encerrará siempre una

dosis de misterio para el hombre. ¿Por qué existe el sufrimiento y, a veces, tan implacable? ¿Por qué golpea a unos y no a otros?

Descubrir el sentido del dolor es uno de los desafíos más arduos para el espíritu humano, aun para los más creyentes. Pero de ello surgen respuestas vitales, que todos necesitamos para orientar adecuadamente nuestra existencia.

Quienes sólo vimos la tragedia que comentamos, pero no la sufrimos en carne propia, sentimos un llamado a agradecer lo que tenemos que, muchas veces, lo damos por seguro. ¿No solemos acaso quejarnos por nimiedades, que sólo se advierten como tales cuando las comparamos con los dolores ajenos, y que también podrían afectarnos a nosotros?

“Descubrir el sentido del dolor es uno de los desafíos más arduos para el espíritu humano. Pero de ello surgen respuestas vitales que necesitamos para orientar nuestra existencia”



En estos hechos, hay pues para muchos una apelación a la gratitud. Y junto a ello, a la solidaridad generosa con el que sufre cerca nuestro, sentimiento que en estos días hemos visto brotar con emocionante vigor en toda la ciudadanía —con sus autoridades a la cabeza— y de modo especial en una juventud a la que algunos han acusado, con tanta injusticia, de ser supuestamente apática o egoísta.

Y para quienes perdieron algunos bienes ¿no estará implícito el llamado a reflexionar en el exacto valor de las cosas materiales? Porque si bien resulta legi-

timo buscar la posesión de cosas para desarrollarnos como personas, el excesivo apego a ellas deriva en un materialismo que fija, en su obtención, la meta de toda una existencia. Si los que en esta tragedia perdieron sus bienes hubiesen sufrido la muerte de un familiar, ¿no olvidarían todo lo material para anhelar tan sólo la recuperación del ser querido?

Para muchos, hay así la invitación a restablecer el sentido de las proporciones, restituyendo los valores del espíritu al lugar prioritario que merecen.

¿Y qué decir sobre los que sufrieron el supremo dolor humano de perder a un ser querido? Que también allí hay un mensaje que nos urge: el de aceptar con humildad lo efímero y frágil de nuestro tránsito por este mundo.

EL dolor tiene su lenguaje. Duro, pero lleno de fuerza purificadora. Por eso, tras el sufrimiento, aguarda siempre la paz del consuelo o la luz de nuevos horizontes. Y creer que el dolor es sólo de algunos, no pasa de ser un espejismo. Variarán los momentos y las formas, pero nadie podrá librarse de la propia cruz que necesariamente acompaña a todo ser humano.

Los cristianos sabemos, además, que esa cruz ha sido diseñada por Dios, diversa para cada persona, pero común en la fuerza redentora de sus dolores, si se asume con fe y confianza, junto a Cristo.